



Territorios de vida

EVENTO DE CIERRE

El martes 27 de junio de 2023 se llevó a cabo el evento de clausura de *Territorios de vida*, un proyecto ejecutado por el Centro de Estudios Médicos Interculturales – CEMI, con el apoyo de la Agencia de los Estados Unidos para el Desarrollo Internacional (USAID).

El evento tuvo lugar en la Sala Delia Zapata Olivella del Teatro Colón, en Bogotá, Colombia. Contó con la presencia de la Directora y representantes de la Misión USAID/Colombia, miembros del CEMI, representantes de las cinco organizaciones indígenas participantes del proyecto, funcionarios de gobierno, instituciones amigas y público general.

A continuación compartimos el programa y la transcripción de las palabras de los participantes.



PROGRAMA

1 —	Palabras de bienvenida Anu Rajaraman / Directora de Misión de USAID/Colombia	3
2 —	Presentación Carolina Amaya / Directora del programa Territorios de vida	6
3 —	Presentación del libro <i>Lo que alumbra</i> Juan Álvarez / Escritor e investigador	15
4 —	Rely Adolga Mejía Coordinadora indígena de Asatrizy (Vaupés)	23
5 —	José Jarol Muchavisoy Coordinador indígena de Musuiuiiai (Putumayo)	24
6 —	Amancio Yucuna Coordinador indígena de El Itilla (Guaviare)	26
7 —	Vínculos de interés	28

1 – PALABRAS DE BIENVENIDA

Anu Rajaraman / Directora de Misión de USAID/Colombia

Queridos amigos y amigas,

Germán Zuluaga, Director del CEMI;

Carolina Amaya, Directora del Programa *Territorios de vida*;

Ana María Zuluaga, Directora de Comunicaciones del CEMI;

Rely Mejía, Coordinadora Indígena de Asatrizy;

Amancio Yucuna, Coordinador Indígena de El Itilla;

José Jarol Muchavisoy, Coordinador indígena de Musuiuiai;

Equipo del programa *Territorios de vida* y representantes de las comunidades indígenas del Vaupés, Guaviare y Putumayo.

A todos muchas gracias por estar aquí y sobre todo gracias por la confianza, por permitirnos trabajar junto a ustedes durante tres años donde pasamos las duras y las maduras. Pero llevamos a buen puerto el programa *Territorios de vida*.

CEMI, nuestro socio, ha demostrado el fuerte compromiso no solo de construir su propia capacidad, sino una increíble dedicación a fortalecer la capacidad de otros, de las comunidades y hasta de otros socios de USAID.

Trabajar con socios locales como CEMI es un compromiso de USAID, queremos muchas más alianzas como esta en el futuro.



Cerrar un programa siempre es una ocasión muy emotiva. Así que lo primero que quiero expresarles es mi gratitud. Su generosidad nos permitió

adentrarnos en sus territorios, y comprender la inmensa importancia que tiene el territorio para las comunidades indígenas, que se definen a sí mismas a través de la tierra que ocupan. Un vínculo muy profundo que reviste una importancia trascendental.

Con esta perspectiva, entendimos que el territorio mismo está lejos de ser una mera extensión geográfica. Las comunidades indígenas de Rely, Amancio y José Jarol, y muchas más con las que tuvimos la fortuna de colaborar, nos enseñaron que existen otras formas de existir, otras formas de pensar.

El CEMI, nos invitó constantemente a una reflexión: este mundo merece existir en su diversidad y en esa inmensa diversidad, acoger con respeto la sabiduría ancestral de los pueblos. Sin embargo, la deforestación, el cambio climático, el desplazamiento forzado, no sólo arrasan con los bosques y la fauna, sino que amenazan el legado cultural y humano que cargan estas comunidades.

Todos aquí, estoy segura, somos conscientes del riesgo que corremos cuando una historia o una tradición dejan de ser contadas de una generación a otra. Pero si lo consideramos detenidamente, esta observación encierra una nota optimista, pues en nosotros reside la capacidad de evitar la desaparición de esta riqueza cultural. Y por eso me quedo corta para reconocer y honrar el extraordinario trabajo de las comunidades indígenas y del CEMI.

Por un lado, estas comunidades que son líderes y administradoras de sus tierras, se organizaron y de manera voluntaria establecieron cinco nuevos Territorios de Conservación Indígena (TICCA).

Del otro lado el CEMI que, con su tremenda experiencia, conocimiento del territorio y capacidades, acompañó y sigue acompañando a estas comunidades para crear planes de manejo, hacer un inventario de lo que existe en los territorios, facilitó intercambios, levantó mapas, apoyó

recorridos de reconocimiento, y mucho más. ¡Y logró todo esto en la profundidad de la Amazonia y con una pandemia de por medio!

Nos hace inmensamente felices que se haya conformado un nodo de TICCAS en la Amazonia; que jóvenes y mujeres están tomando roles protagónicos y quieran formarse como sabedores; que Rely Mejía realizó el primer encuentro de mujeres indígenas del Vaupés; que establecieron el Consejo de Mayores del Nodo Amazonia; las múltiples expediciones a la selva del Guaviare, que ha liderado Amancio, quien es además un extraordinario facilitador de intercambios culturales.

Y lo que más nos infla el corazón: ¡que otras comunidades vecinas tengan el interés de establecer sus propios TICCA! Gracias en parte al entendimiento y promoción de la figura TICCA por parte del médico tradicional José Jarol.

Ciertamente, todos estos logros, los hemos aprendido a valorar desde una perspectiva distinta, observando con microscópica atención las acciones, los resultados y los éxitos; que pueden parecer pequeños a simple vista, pero que representan contribuciones cruciales para la supervivencia física y cultural de los pueblos indígenas.

Estos años de trabajo junto a ustedes nos enseñaron una profunda humildad y admiración por todas las comunidades que protegiendo los bosques, están asegurando la oportunidad de un futuro habitable. Usando la naturaleza como un vínculo importante. Abriendo mentes y corazones para que partes inusuales se unieran para encontrar una solución común para un país más sostenible y en paz.

¡Gracias por permitir a USAID hacer parte de semejante hazaña!

2 – PRESENTACIÓN

Carolina Amaya / **Coordinadora General de Territorios de vida**

Señora Anu Rayaráman, Directora de la Misión de USAID/Colombia

Señora Jessica Rossen, Directora de la Oficina de Ecosistemas Sostenibles y Desarrollo Económico de USAID/Colombia

Representantes de instituciones del gobierno y de organizaciones amigas

Queridas Danielle Tedesco, Catalina Correa y Martha Albanese, nuestros ángeles guardianes desde USAID/Colombia

Queridos amigos y familia del CEMI

Queridos representantes de las comunidades indígenas aquí presentes

Buenas tardes

El Centro de Estudios Médicos Interculturales –CEMI– es una organización sin ánimo de lucro conformada por personas de diferentes disciplinas con más de 40 años de experiencia en la construcción del diálogo intercultural con comunidades campesinas, indígenas y afrocolombianas. Su trabajo se enfoca en la protección de la diversidad biológica, el fortalecimiento de la cultura y el mejoramiento de la salud humana a través de proyectos académicos y comunitarios.

Fieles a esta misión, además desde hace 10 años hemos trabajado por el fortalecimiento y la protección de los territorios y áreas conservados por pueblos indígenas y comunidades locales, también llamados TICCA o territorios de vida. Con el apoyo de USAID/Colombia, diseñamos y ejecutamos una estrategia de tres años dirigida al fortalecimiento de la tenencia integral de los títulos colectivos de cinco organizaciones indígenas de la Amazonía colombiana a través de la figura TICCA, como parte de la iniciativa de USAID para fortalecer a las comunidades étnicas en sus

procesos de autodeterminación y gobernanza, y de apoyar al país en la transición hacia una paz inclusiva. Este evento pretende celebrar esos tres años de trabajo. Aprovechamos, entonces, la oportunidad de agradecer inmensamente a USAID y a su equipo en Colombia por confiar en nosotros como socio implementador local.

El proyecto incluyó actividades que contribuyeron al desarrollo de capacidades, la promoción del trabajo en red, el fortalecimiento de la cultura y de las instituciones de gobierno propio, y de habilidades de comunicación y divulgación de las comunidades y sus organizaciones indígenas.

Algunos de los resultados destacados, si bien no los únicos, son:

- Cinco TICCAS declarados según usos y costumbres y registrados a nivel internacional en la base de datos de ONU MedioAmbiente y la elaboración y aprobación comunitaria de sus cinco planes de manejo tradicional.
- El apoyo a 18 comunidades indígenas, sus instituciones de gobierno, su identidad cultural y su relación con los territorios.
- El diseño y la implementación de una novedosa metodología intercultural para la producción de inventarios bioculturales y el ejercicio de monitoreo, caracterización y cartografía, también bioculturales, centrados en los elementos de fauna, flora y minerales necesarios para garantizar las ceremonias que sostienen su sistema de conocimiento tradicional.
- La creación del Nodo Amazonía de la Red Ticca Colombia y del Consejo de Mayores, su órgano asesor. Así como intercambios, talleres y encuentros para compartir conocimientos y experiencias en torno al fortalecimiento de los territorios de vida.

- Un resultado muy importante del proyecto ha sido probar la hipótesis alrededor de las necesidades y los motivos de conservación de los pueblos indígenas de la Amazonía, y comprometernos al necesario cambio de paradigma de la conservación, lo que intentaremos llevarle al mundo.

Los verdaderos protagonistas de esta historia son las cinco organizaciones, sus comunidades, autoridades tradicionales y sabedoras y sabedores.

Este evento quiere hacerles un homenaje, al sostenido trabajo de conservación cultural y ambiental que vienen desarrollando desde siempre y al decidido apoyo que recibieron de parte de la USAID y del pueblo de los Estados Unidos.

Las piezas que tendrán la oportunidad de apreciar hoy son apenas una muestra del trabajo realizado y de la juiciosa estrategia de comunicación y divulgación que preparamos para comunicar sus esfuerzos.

Hemos querido abrir una ventana que muestre que lo pequeño es hermoso, ¡que lo pequeño es posible!... una hendidija, quizás, para que ustedes se asomen a parcelas del mundo que anteponen valores como la hospitalidad, la obediencia, la belleza y la salud frente a la explotación sin límites de la Tierra y a la competencia que imponen el individualismo de Occidente y su desarrollo desmesurado. Queremos que sus protagonistas tengan nombre propio: los mayores José y Fernando, Jasán, Rely y Fernanda, Lorsi, Yoreli y Yuli, Manuel, Ricardo, kumú Benedicto y María Luisa, entre muchos otros, para subrayar que hemos construido relaciones de confianza, con tiempo y paciencia; que hay amistad y hasta familiaridad, y que eso es necesario para trabajar con y por los pueblos indígenas.



La zona de Asatrizy, en Vaupés, es «El corazón del mundo». Desde hace 20 años que conocemos a sus habitantes hemos observado admirados la fuerza, la sabiduría y la perseverancia de la Kumuñ Yoamarã, la Unión de sabedores

y sabedoras de la cultura del Yuruparí en la zona de Yapú; y su empeño por cuidar la cultura para garantizar la supervivencia de su pueblo y la salud de la naturaleza. Hoy podemos atestiguar sin lugar a dudas que la selva no es posible sin la rigurosidad de sus rituales y la certeza de sus elementos sagrados.

También los hemos acompañado cuando nos lo han pedido. Y entonces me pregunto ¿por qué seguimos volviendo, una y otra vez a incomodarnos, asustados con los vuelos comerciales y las avionetas, las deslizadoras y las serpientes, los ejércitos irregulares, los asesinos de defensores indígenas y ambientales, y con nuestra propia incapacidad para transitar sus selvas?

Porque nos hace mucho bien sobrevolar en la ominosa avioneta sobre ese manto verde, amplio y tupido, ese dosel maravilloso que nos asegura que ¡no todo se ha perdido! Porque los claros de esos bosques son pequeñas comunidades, con sus ranchos de palmas y madera, con sus caños y ríos, con sus chagras que pronto serán rastrojos productivos y, no mucho después, selva tupida otra vez. Porque cuando aterrizamos en esas pistas miedosas y de mentiras se arrima la algarabía de estas gentes que no dejan de asombrarse con los visitantes, cada vez más asiduos pero todavía novedosos, o porque ya nos quieren como amigos y hasta como familia que los visita.

Cuando llegamos a la comunidad nos esperan ansiosos, pintados, diligentes y hospitalarios. Y muy pronto estamos sembrados en una banca conociendo la intimidad de verdad íntima de estas gentes que son sus ceremonias eternas, esas que animan la vida del territorio, de la comunidad y de las personas para espantarles la cotidianidad del individualismo y para consolidar el sentido de lo comunitario.

Ese corazón del mundo nos regaló la definición ampliada de salud con la que hemos conectado a tantos de tantas geografías distantes y dispersas: «Salud es tener una buena relación con uno mismo, con los otros, con la naturaleza y con el mundo del Espíritu». Nos regaló una nueva visión de la conservación

que se recoge en esta enseñanza de los kumús: «Se necesita una selva para tejer una corona; y se necesita una corona para tener una selva».



La jurisdicción de la Asociación de Autoridades Tradicionales Indígenas Aledañas a Mitú (Aatiam) está ubicada en el Municipio de Mitú, en Vaupés, y está conformada por cuatro comunidades. El lugar que ocupan actualmente es territorio de la etnia Cubea o ~Pamiva, como prefieren ser nombrados.

La Asociación carga en su nombre la cercanía con la capital del departamento y la historia de más de un siglo de presión de la colonización y el desarrollo desordenado, con la peor influencia de Occidente.

¿Por qué un territorio de vida? Porque a pocos minutos en mototaxi por la única carretera del Vaupés, basta ingresar a su territorio para dejar de ver los arenales producto de la deforestación de los colonos y llenarse del verde de sus bosques. Un corto recorrido por los senderos que han adecuado para turismo de naturaleza es suficiente para apreciar la riqueza de fauna y flora. Hemos recorrido las cuevas donde anida el gallito de roca, hermosa ave con un penacho rabiosamente colorado que se deja apreciar a la distancia si no hacemos ruido. Hemos visto, también, guacamayas silvestres, manadas de micos tití saltando y gritando en el dosel sobre nuestras cabezas, rastro de tintín, bandadas de loros, gallinetas, pavas, azulejos, tångaras y el águila que custodia la imponente piedra sagrada, Tronco Capí donde el Dios Cubay se enoja y manda rayos y truenos si se lo molesta con ruido.

En la cima de los cerros sagrados de Aatiam se aprecian trecientos sesenta grados de selva inalterada que esconde bajo su dosel cerros, cuevas, caranazales, salados, humedales, caños, ríos, lagunas y el gran río Vaupés, y unas comunidades aferradas a su lugar y su cultura de origen, a su lengua y su relación especial con el territorio, a sus historias y sus leyendas.



Asopamurimajsá es una Asociación de Autoridades Tradicionales Indígenas del Guaviare que reúne a cuatro resguardos sin continuidad geográfica y con población indígena Tukano Oriental migrante del Vaupés desde hace más de cincuenta años. La ciudad les creció alrededor y los arrincona con todas las malas influencias de la colonización y el desarrollo. Cada vez que visitamos el Guaviare vemos más patente las consecuencias deletéreas de las múltiples violencias, siendo la más ostensible la pérdida cultural.

Sin embargo, hemos insistido en apoyar los esfuerzos de Asopamurimajsá porque todavía hay personas como el mayor José y su familia que consideran que ser indígena es un orgullo; que gracias al pensamiento de sus ancestros y los conocimientos sobre la chagra ha sido posible proteger los recursos naturales y vivir en armonía y respeto con la Madre Tierra. Porque las mujeres, como la capitana Irene y Yoreli, aquí presente, han asumido el liderazgo para recuperar los valores culturales y las normas ancestrales tukano oriental... para seguir siendo indígenas.

Porque unos jóvenes se encantaron con su territorio, se organizaron como equipo territorial y lo están recorriendo para delimitar áreas de conservación en los cuatro resguardos con el fin de conocer y cuidar las riquezas que todavía tienen. Por ello les han pedido a los mayores que los acompañen a aprender sobre las plantas y los animales, las historias de origen, las reglas tradicionales de uso y el manejo de las plantas medicinales. Aspiran a ser reconocidos como guías, guardianes y especialistas capaces de caracterizar y monitorear los resguardos, y llegar a ser líderes que motiven a los demás miembros de la comunidad a defender y promover la salud del territorio y la cultura.



El resguardo el Itilla está localizado en área de influencia del municipio de Calamar en Guaviare, y es la puerta de entrada a la Serranía de Chiribiquete. Habitado por tukanos migrantes del Vaupés, han querido reproducir su cultura, el manejo de la selva y las normas comunitarias que aseguran la vida en un sitio considerado hostil por nosotros, los no indígenas. No obstante, y pese al calor, los jejenes, los aradores, la leishmaniasis y el paludismo, somos felices allí, en esa pequeña comunidad donde nos han cuidado con alegría y generosidad. Porque con organización, obediencia y solidaridad han asumido como una responsabilidad vital la custodia de este nuevo territorio. Y porque nos han invitado a atestiguar una maravillosa empresa de restauración cultural que han venido pensando y desarrollando con la paciencia del morroco y la precisión de las hormigas.

Hemos visto cómo el bosque que había sido deforestado y degradado por cultivos ilícitos antes de su llegada ahora prospera con las chagras tradicionales que cultivan las mujeres. Hemos oído los rezos y prevenciones de los payés y sus seguidores para pedirles permiso a los espíritus de la Serranía de ingresar al territorio, recorrerlo y prestar los recursos necesarios para elaborar los elementos de cultura de sus ceremonias tradicionales. Los hemos apoyado para concretar importantes trueques con parientes del Vaupés y de Guaviare.

Hemos compartido la felicidad del equipo territorial que se ha internado en el territorio inexplorado hasta ahora y en donde, pese a peligros sin cuenta, han logrado volver sanos y salvos y con noticias de hallazgos invaluable para tejer las coronas... para tejer la selva. Y para seguir negociando el territorio que se han comprometido a cuidar como Guardianes de la Serranía de Chiribiquete.



Musuiuai es un asentamiento enclavado en el piedemonte amazónico del Putumayo al que solo se llega subiendo por trocha larga y empinada entre la

vegetación enmarañada. Cuando el bosque se cierra, ya sabemos que hemos ingresado a territorio indígena, donde hay que tener muy buenos motivos para tumbar, aserrar, intervenir una ronda e incluso cazar animales, según los mandatos que todos han acordado comunitariamente.

Cada subida nos ha traído nuevos retos. ¿Por qué volvemos? Porque apenas coronamos, llegamos a un asentamiento de casas impecables, desperdigadas en esta arruga de la cordillera Oriental y rodeadas de un bosque conservado que se extiende hasta el horizonte donde asoma el filo de la cordillera entre brumas. Esta pequeña comunidad es la más organizada y disciplinada que hemos conocido en nuestra vida de andariegos por las selvas de Colombia. Además son alegres y ríen permanentemente con humor y picardía. Sus habitantes han asumido como propia la voluntad inquebrantable de protegerse entre sí, como les enseñaron la Mama Josefina y su esposo Domingo cuando lo dejaron todo hace treinta años para evitar el reclutamiento forzado de sus seis hijos varones que amenazaban los múltiples ejércitos que han asolado estas tierras y a sus habitantes desde hace quinientos años.

Todos han comprendido que llegaron a una tierra prometida, su particular paraíso, en el que encontraron esperanza de vida, y han prometido protegerlo y defenderlo con todas las herramientas posibles: la negociación con los seres invisibles a través de su planta de poder, *ambiwaska*, y la sabiduría de su autoridad espiritual, la Mama lacha Josefina; la lucha política y legal por lograr el título colectivo como resguardo que ha sido iterativamente negado por la institucionalidad colombiana; la autodeclaración ante el mundo como territorio de vida; la demostración mediante el uso de tecnología moderna de la riqueza biológica y cultural, y la divulgación de su voluntad de protegerla; la consolidación de la autoridad territorial en cabeza de la guardia indígena conformada por niños, jóvenes, mujeres y sabedores.

¡Lo pequeño es posible!

Para terminar, quiero hacer honor a que, simultáneamente con estos andares por estas difíciles geografías, se abrió otro capítulo en la vida del CEMI, que fue conocer a Grazia, Taghi y el puñado de ambientalistas rebeldes del Consorcio Ticca Internacional que se atrevieron a cuestionar a los Estados y a todo el *establishment* ambientalista y sus áreas protegidas para proponer voltear la mirada hacia los territorios conservados por pueblos indígenas y comunidades locales, y al fin reconocerlos, apoyarlos y fortalecerlos. Para inventarnos juntos una figura que detenga de una vez el atropello contra estos pueblos y comunidades, que se acabe la usurpación de tierras en nombre de la colonización ¡y también de la conservación!, y se afirmen de una buena vez los derechos ganados tras tanto exterminio y también gracias a tanta lucha y sacrificio. Aprendimos sobre los intentos por comprimir en una definición de tres componentes la riqueza y la diversidad biológica y cultural que representan estas comunidades y sus territorios, y nos prometimos retar los límites de la definición con la certeza de lo que habíamos conocido en estas selvas. De lo que conocimos después en páramos, playas, manglares, sierras, comunidades campesinas, enclaves cafeteros, vastas llanuras de la Orinoquía, en fin, en nuestro periplo para reconocer los territorios de vida en Colombia.

Queremos seguir volviendo, seguir aprendiendo, recibir orientaciones y órdenes de los mayores y sabedores para apoyar estos ejemplos pequeños; para que nos tomemos de las manos en un propósito común y les permitamos a estos héroes del planeta que nos salven; para devolver con servicio el don que hemos recibido. Las fotos, los videos, estas palabras son una ventana para invitarlos, a ustedes, a asomarse a estos cinco vibrantes territorios de vida.

3 — PRESENTACIÓN DEL LIBRO *LO QUE ALUMBRA*

Juan Álvarez / **Escritor e investigador**

Coordinadores indígenas, a la gente del CEMI, a la gente de USAID muchas gracias por esta invitación.

Soy la persona por fuera de este proyecto, si quieren, y aparezco ahora para hablarles de este libro que ustedes no conocen, que ya van a conocer, que yo tuve el privilegio y el gusto de conocer hace unas semanas. Semanas que llevo deslumbrado, mirándolo, tratando de entender algo para venir a contarles a ustedes.

Este libro se llama *Lo que alumbra*. Espero que tengan la suerte de recibirlo ahora. Si no la tienen, lo siento mucho por ustedes, les va a tocar conformarse con los videos que van a ver ahora y tendrán que repetirlos para poder experimentar todo lo que hay detrás de lo que Carolina acaba de llamar una ventana. Una ventana de comunicación de lo que las comunidades y el CEMI llevan trabajando todos estos años. Esa ventana de comunicación, no sé si ustedes están acostumbrados o no, suelen ser piezas de comunicación y creo que lo importante aquí con este libro es que la naturaleza de esa pieza de comunicación trata de pisar los territorios del arte, de la expresión artística, de la experiencia estética y eso es un poco de lo que yo quiero hablarles.

Este libro no podría ser más sencillo en muchos de los mejores sentidos del sustantivo sencillez. Lo primero que quisiera empezar hablando es sobre su color, pero la verdad es que soy un ignorante del color y la persona que mejor les va a poder hablar de eso es Santiago Zuluaga, el editor, a quien van a encontrar ahora en los pasillos y él va a poder explicarles un fenómeno que me explicó ahora: que hay que ver el libro así para poder entenderlo, se los dejo como intriga. Tiene que ver con la cantidad de tintas con las que estos

libros se imprimen, con las intensidades de lo negro, de lo oscuro, pero honestamente yo no sé hablar de eso, así que se lo dejo a Santiago.

Este es un libro también que, se van a dar cuenta, pesa mucho, por eso me cuesta mucho trabajo mantenerlo en la mano mientras hablo de él.

Es un libro que no tiene mapas. Es un libro en donde no hay un solo sentido de ubicación geográfica y es importante entender que los mapas han producido muchísimo valor para Occidente pero no estamos tan seguros del valor que han producido para muchas otras comunidades porque han sido instrumentos de dominación y de poder y creo que el gesto de que no existan mapas en este libro es significativo. Es un libro también en el que ustedes irán dándose cuenta de que las fotografías no tienen pie de foto; no dicen nada distinto a todo lo que expresa la imagen misma y creo que eso también es una indicación muy importante de esta estética que se construye en este tipo de proyectos. Que no exista un pie de foto es una cosa que al lector común puede asombrarlo, puede sorprender, puede desubicarlo. Luego existe al final del libro una especie de índice. Se llama índice de fotografías, pero es muy curioso, porque el índice de fotografías está construido con la propia imagen de la fotografía y con un número; un número que uno puede suponer es el número de la página, pero las páginas no tienen números tampoco. Entonces, hay ahí un extravío que también me gusta leer en toda su potencia.

Creo que es un libro que está construido con lo que yo llamaría patrones rítmicos, es decir, unas ciertas recurrencias, ciertas cosas que aparecen y vuelven a desaparecer. Toda la materialidad de la selva que va y viene entre formaciones rocosas, helechos y culebras. También son recurrentes las luces y las sombras de la vida común, en la maloca; el interior y el exterior de la maloca bien pueden leerse como puntuaciones de este libro. Es un libro en donde lo primero que aparecen son las espaldas de las personas. Luego sus ángulos faciales. Luego sí, eventualmente, sus rostros de frente, meditabundos, sonrientes. Es un libro donde es recurrente en los momentos

de la cotidianidad de la vida laboriosa, la carga del barro, la preparación de fibras para tejer, la recolección de yuca. Es un libro donde recurren los detalles de sus instrumentos diarios de trabajo y para la alimentación. Detalles de la construcción de estos cestos o herramientas, y las resonancias entre estos materiales y sus formas y las formas de la naturaleza. Es un libro donde recurre la entrada paulatina de los momentos y de las tareas necesarias para la ceremonia. ¿Qué ceremonia? Todas las ceremonias. La vida preámbulo de lo ceremonioso.

Es un libro que tiene dos textos, un texto de la autora Ana María Zuluaga, que creo que es un texto muy muy bello, muy simple, como toda la estética del libro, en donde básicamente nos trata de acercar desde la metáfora de lo que alumbra y lo que oscurece para pensar la recurrencia de estas ceremonias. Hay un texto también del doctor Germán Zuluaga. De ese texto quiero rescatar una cosa que él cuenta, es una especie de mandato que él recuerda recibió cuando empezó a acercarse a regiones selváticas de este país y un taita le dijo: «calle su mente, deje de pensar, escuche y mire». Y creo que en esa especie de mandato está un poco también la propuesta estética de esta ventana, de esta comunicación que insisto, creo que es una obra de arte también.

Tenía planeado enseñarles algunas fotos pero ustedes no se imaginan cómo pasa el tiempo aquí arriba, uno siente que lleva demasiado y entonces creo que los estoy aburriendo, así que no voy a hablar de tantas fotos, solo voy a hablar de una, y voy a hablar de ella porque sé que no la alcanzan a ver. Quien se acerque al libro y lo tenga al frente de sus ojos tampoco la alcanza a ver porque si se dan cuenta hay una extrañísima decisión editorial y es hacer de la primera foto casi una miniatura, una cosa que no ocupa ni siquiera la mitad del espacio de la hoja del libro. Pero supongo que pueden intuir de qué se trata. Es el cosmos, es la Vía Láctea y cualquier tipo de persona desatenta a la comunicación, o que ha normalizado la comunicación, haría de esta foto una foto que ocupará todo el espacio, para poderla ver grande, para poder

ver sus luces, para ver lo impresionante que es la Vía Láctea. Hacerla así de pequeña creo que es un primer gesto poético sobre nuestra imposibilidad de ver esto. Y así el libro está lleno de detalles impresionantes.

Creo que es un libro en donde uno puede ir sintiendo toda esta ética con la que el CEMI trabaja y con la que estas comunidades han dialogado con el CEMI y han resuelto trabajar con ellos también. El detalle, la parsimonia, la sencillez.



Aquello que llamamos saber literario o poético suele presentarse como una lista diferenciada de figuras retóricas, un acto de distinción, especializado, que nos ha conducido a la extraña impresión de que esas figuras son ánimas de las que echamos mano cuando queremos adornar o trascender, hacer poesía. Lo que no es estrictamente cierto, porque ocurre que gran parte del lenguaje cotidiano, del lenguaje común de las transacciones diarias y mundanas, ocurre también bajo el rigor de la metáfora y la aliteración.

Suelo usar con suficiente confianza la palabra metáfora y con algo menos de confianza palabras como asíndeton, anáfora, encabalgamiento. Y así sucesivamente voy perdiendo la confianza, por completo, hasta habitar la ignorancia.

Esa carencia de confianza se debe a un hecho simple: la formalización o memorización de ese saber literario o poético siempre se me escapa, lo que es una vergüenza considerando que enseño escritura creativa y escribo libros.

Cuando leo algo, cuando vivo algo en donde está presente una elipsis, o me dicen ahí hay una elipsis, lo comprendo, sé que se refieren a la supresión de un elemento sobreentendido por el contexto, que es el horizonte que puede ser la naturaleza y una vez lo comprendo, cuando voy a repetirlo en público, en una clase por ejemplo, o en mi cabeza para mí mismo mientras camino, esa comprensión empieza a esfumarse, me entra en los pulmones, me

oxigena, pero es como que debo expulsarlo también, dejarlo ir para que deje en mí algo y entonces eso que antes he comprendido, la elipsis, se me escapa, empieza a desaparecérseme hasta el punto en que ya no sé qué es una elipsis y mucho menos qué es un epíteto o una onomatopeya.

Esto que les estoy diciendo no es una exageración, se los digo con el corazón expuesto. Este tipo de vocabulario se me escapa permanentemente. Casi casi al despertar en la mañana tengo que repasar qué es una metáfora o pasaré el día entero sin saber qué es una metáfora y quizás entonces estaré más distante de poder experimentarla, lo que significará un triste día como son tristes y planos los días sin metáforas.

Algo parecido al fenómeno estético y desmemoriado que acabo de describir me ocurre con lo que los occidentales llamamos *saberes indígenas*. Me comparten o me dan la explicación de una palabra, o de una ceremonia, o la leo, o la escucho de un compañero, digamos por ejemplo casabe, incluso me siento y muerdo una torta de casabe. La hago crujir en la saliva, entiendo la yuca y el ahumado del azar, pero apenas deshago la forma circular y me trago el mordisco, el casabe mismo y mi comprensión del casabe empiezan a esfumárseme.

Parece que alcanzo algo y luego lo pierdo. Todo esto quizás sea así porque estoy hablando de saberes vivos, saberes que requieren de ser vividos para que existan, para que existan cabalmente. Y en esa lógica quizás nuestros cerebros, la parte de atrás de nuestros cerebros, necesitan dejar de prenderlos para que sigan viviendo, no conservarlos en la memoria rígida de quien puede repetir una explicación fijada, sino en la memoria vital, vaporosa, digestiva, de tal modo que sea hasta la próxima experiencia de mordida, en el próximo sentarme frente al casabe, cuando el casabe pueda volver a existir y con su existencia un destello de comprensión, me acompañe y vuelva a desaparecer.

Vislumbrar algo y luego esfumarlo, dejarlo esfumarse. Este libro, *Lo que alumbra*, sobre el que hoy me invitaron a hablar y lo agradezco mucho, no es un retrato, una fijación o una estabilización de materialidades o experiencias del saber indígena de las organizaciones comunitarias acá involucradas. Por eso me atrajo y me ha tenido mirándolo embobado al menos las últimas dos semanas. Casi no comprendo nada.

O comprendo como ya les dije que pasa con el saber poético. Me presentan una palabra, digamos *Yuruparí*, me la acompañan de un sustantivo rotundo como ceremonia y algo se mueve en mis sentidos y, por un momento, mientras veo la foto de la contestadora Josefina Jaramillo, o el humo del tabaco del historiador Horacio Ataide, o más aún, cuando noto que la palabra *kumú* antecede a varios otros sujetos, unos que a veces están tejiendo coronas de plumas, o fabricando tobilleras, o al frente del baile, entro en el raptó de un universo que parece estar tomando forma al interior de mi cerebro y que muy pronto sin embargo, ya lo dije, perdón que insista, se me habrá esfumado.

Lo dejó ir porque no tengo otro remedio cognitivo y porque solo así dejará algo en mí, como el agua o los nutrientes, ya no está aquí. Ya en este cambio de párrafo se me ha esfumado.

Lo que quiero decir es que a mi juicio este no es un libro sobre poesía, porque no es un libro sobre determinados saberes indígenas identificados, localizados y clasificados. Es un libro de poesía, un libro de saberes y materializaciones amazónicas y piedemontunas tratadas como experiencias, no estabilizadas. Una interlocución estética, con los espacios anímicos y cotidianos, y los territorios sagrados de las comunidades que les abrieron sus malocas y les compartieron sus vidas cotidianas y laboriosas, que son las vidas selváticas, que son cíclicamente las vidas en el preámbulo de la ceremonia milenaria.

Este es un libro sin mapas de ubicación que tampoco hace la diferenciación explícita entre un pueblo y otro, entre los inganos del Putumayo o los tukano de los resguardos de Asopamurimajá y El Itilla, gente del Guaviare, o entre estos anteriores y las organizaciones indígenas de Asatrizy y Aatiam en el Vaupés.

No hay mapas porque el libro no quiere ser un artefacto de fijación. Sus pies de fotos están en un lugar diferente a la foto misma para que la foto fluya sin obstáculos de lectura con la siguiente, o la siguiente, o de repente resuena con un par de fotos anteriores que quizás están contando un verso que rima con otra imagen lejana, la experiencia de un tejido de patrones rítmicos.

Como la metáfora en la poesía, creo recordar, lo digo con una primera confianza, ya saben, pronto se me va a esfumar, las fotos acá seleccionadas están para alumbrar, y luego de alumbrar rozar, y luego de rozar ayudar a vislumbrar un sentido y correr luego con prisa a desaparecer.

Todo lo anterior significa que tiene sentido que este libro nos lo presenten, en parte, como un libro de autora, la mirada de Ana María Zuluaga y como un libro con editor, y con una institucionalidad compleja como la del CEMI detrás. Porque es una propuesta robusta de interlocución estética y en esta búsqueda, en la búsqueda política y epistemológica en la que seguimos los ciudadanos de una república como Colombia, nosotros los mestizos, los indígenas, los afrocolombianos, una búsqueda por las múltiples maneras que queremos hallar para relacionarnos de forma justa, retributiva y expansiva, la interlocución estética es una oportunidad digna y poco explorada. Hacemos mucha comunicación, hacemos muy poca interlocución estética. Como el agua o los nutrientes, nos deja algo en la dialéctica de abandonarnos. Nos deja algo en la medida en que la dejemos irse también. Gracias.

4 – RELY ARDILA MEJÍA

Coordinadora indígena de Asatrizy (Vaupés)

Wiotory Yepaa – Tujuuja Paarike Kuti Yerihana, maha yopiri puna – awamená.

Compañeros coordinadores, líderes, lideresas indígenas, miembros del CEMI, la agencia USAID y todos los presentes aquí tengan muy buenas tardes.

Mi nombre es Rely Adolga Mejía Ardila, indígena del pueblo tatuyo, Asatrizy, Vaupés, conformado por etnias Tatuyo, Bará, Tuyuca, Carapana y Tukano.

El hombre, la mujer indígena, la cultura y los pueblos indígenas tienen su razón de ser. El conocimiento que poseemos hoy en día es relevante porque refleja la posibilidad de mantener el equilibrio de la madre naturaleza.

Somos personas que hemos vivido por generaciones en nuestro territorio con unas prácticas y costumbres, lenguas y forma de pensar propias.

Tenemos grupos de personas a los que valoramos y respetamos, ellos son los especialistas de la cultura: Kumuã Yoamarã, quienes poseen muy ampliamente el conocimiento para vivir en el territorio, y éste ha sido entregado desde el Origen.

La mujer indígena es la madre de la semilla, tanto de la vida humana como de los conocimientos para la vida familiar, social, cultural y la naturaleza. Y esta parte la hemos ido fortaleciendo.

Finalmente, agradezco al CEMI por permitir este espacio y de igual manera a las organizaciones nacionales e internacionales por tener en cuenta nuestra existencia, por apoyar y respetar nuestra forma de ver, cuidar, usar y manejar el territorio, la naturaleza, la madre tierra, de acuerdo a los conocimientos ancestrales.

Muchas gracias

5 – JOSÉ JAROL MUCHAVISOIY

Coordinador indígena de Musuiuiai

Compañeros y compañeras de las organizaciones y pueblos indígenas que aquí estamos presentes; entidades gubernamentales, no gubernamentales, y todas las personas que aquí estamos deleitándonos de este magnífico evento, tengan ustedes muy buenas noches.

Mi nombre es José Jarol Muchavisoy, soy miembro de la comunidad Musuiuiai de Colombia. Nuestro Cabildo está ubicado en el departamento del Putumayo en el piedemonte amazónico, en el municipio de Orito.

Somos un pequeño Cabildo, organizado con una población de 53 habitantes que venimos conservando nuestro territorio ancestral con la sabiduría de nuestros mayores. Cuidamos nuestro territorio como un legado desde nuestro origen.

Hemos cuidado a través de nuestros mayores con la sabiduría, con la enseñanza, y nos hemos comprometido a transmitir el conocimiento a través de las tomas de remedio de *ambiwaska*, a nuestros niños, a nuestros jóvenes, para que la protección del medio ambiente siga y permanezca en el tiempo.

Nosotros como pueblos indígenas de la Amazonía siempre hemos practicado la medicina del yagé, que nos ha dado la visibilidad para poder aprender y manejar el poder espiritual, el poder invisible y poder nosotros mantener nuestro territorio sano. Porque nuestros mayores han dicho que si nosotros destruimos la naturaleza, destruimos el territorio, nos acabamos. Eso siempre lo tenemos en cuenta.

Nosotros nos hemos dado cuenta, hemos entendido que dentro del territorio estamos cuidando, pero también nos hemos dado cuenta que debemos dar a

conocer hacia afuera para que también se den cuenta cómo es el trabajo que venimos realizando dentro de nuestro territorio, en nuestras comunidades.

Gracias al apoyo del equipo técnico del CEMI y sus gerentes, que nos han apoyado en estos tres años para obtener un buen material para que así nos demos cuenta, se den cuenta las personas y las entidades, para que nos apoyen y contribuyan con un granito de arena a este proceso que las comunidades indígenas venimos llevando a través de tiempos milenarios.

Muchas gracias a todas y a todos por estar aquí presentes. Gracias a los donantes, gracias a CEMI, que nos ha apoyado.

Eso sería, muchas gracias por estar aquí presentes.

6 – AMANCIO YUCUNA

Coordinador indígena del Resguardo El Itilla

Wajuwiyaka piyukeja jlo. Muy buenas noches para todos los presentes.

Vengo en representación del resguardo indígena El Itilla, del departamento del Guaviare, municipio de Calamar.

Los grupos étnicos que habitamos en ese territorio son los tuyucas, carapano, barasano, desanos, que también son llamados tukano oriental. Nuestros sabedores, también conocidos con el nombre de Kumuã Basera, son los encargados de hacer y cumplir el calendario tradicional que viene establecido en cuatro épocas durante el año.

Ellos también realizan ceremonias con el fin de mantener la conexión espiritual con los seres visibles e invisibles y además solicitan permiso para ordenar el territorio y vivir sanos.

Con el proyecto *Territorio de vida*, realizamos varias expediciones en lugares totalmente desconocidos, en la profundidad de la selva espesa, en donde escuchamos el cantar de muchas y diferentes aves en horas de la mañana, durante todo el día, y también escuchamos el rugir de tigres y el silbido atemorizante de lo que tal vez sea el espíritu de la misma selva en horas de la noche.

Nuestro valor como comité territorial y la disciplina estricta, una vez escuchamos a nuestros sabedores, pudimos romper esa barrera, porque identificar los elementos culturales para nosotros era una fuente muy importante para poder establecer que la ceremonia siga existiendo y que las comunidades indígenas puedan sostener el equilibrio la naturaleza y la comunidad. Por eso plasmamos todos esos contenidos, todos esos hallazgos bajo un inventario biocultural.

Gracias a ese acompañamiento del proyecto *Territorios de vida*, y con la entrega total de los compañeros del Centro de Estudios Médicos Interculturales, hoy con mucho respeto estamos practicando las ceremonias, con casi todos los materiales completos.

La mujer indígena, que no podemos desconocer en nuestro territorio, es también la fuente cuidadora de semillas y especies, ella también es lideresa y ella también es la autoridad. Sin ella es imposible realizar una ceremonia, por eso para nosotros a la mujer la cuidamos y la queremos y la respetamos.

Muchas gracias a ustedes compañeros, diferentes instituciones. Queremos que cogidos de las manos podamos seguir conservando ese territorio. Estamos como comunidad indígena disponibles con las manos abiertas y que con ustedes podamos construir ese territorio sano como queremos vivir sin ningún tipo de presión de nadie.

Muchas gracias.